

# Cenizas en el tiempo

A woman with long blonde hair, wearing a light blue top and purple pants, is sitting on a brick pedestal in a park. She is surrounded by many white doves, some perched on a black metal fence in the foreground and others on the ground. A tall palm tree stands behind her, and a large, ornate building is visible in the background under a blue sky with white clouds. The title 'Cenizas en el tiempo' is written in yellow text at the top of the image.

Carlos Maza Gómez

# **Cenizas en el tiempo**

**Carlos Maza Gómez**

© Carlos Maza Gómez 2007  
Todos los derechos reservados

# 1

Llegué al trabajo preocupado. Aquel expediente me pesaba en la cartera provocándome cierta ansiedad ante mi entrevista con el director. No había sido normal esa actitud suya del día anterior, ese acercarse sorteando mesas y saludos, detenerse ante la mía mientras le miraba un poco sorprendido. Seguía sin entender por qué no me había llamado a su despacho, la razón de ese gesto innecesario en el que denotaba su interés por encargarme un trabajo a mí, el empleado medio olvidado, encargado sempiterno de los trabajos rutinarios. Ciertamente, no podía decir nada malo del director. Era un hombre cordial, amable aunque algo distante cuando se tocaban temas que no parecían interesarle. Ya algo mayor, rondaría los sesenta por entonces. Calvo, con el poco pelo que le quedaba teñido, maneras desenvueltas, siempre serio. Se podía adivinar que en su casa, entre sus amigos, sería un hombre agradable pero en el trabajo no se lo permitía permaneciendo siempre a cierta distancia de su interlocutor, sobre todo si era un subordinado, el caso más habitual.

Nunca había mantenido una verdadera conversación con él. Recuerdo que fui a verle cuando aquella aventura del despacho laboral fracasó. Me habló del amigo de mi mujer a través del cual había conocido esta posibilidad, el que me indicó que presentara mi currículum allí, que él hablaría con el director. La verdad es que yo no conocía a aquel amigo apenas. Mi mujer siempre ha llevado su propia vida, sus amistades y aficiones. Quizá yo haya sido para ella siempre otra afición, tal vez algo a lo que te acostumbras nada más. Ella sí tiene dinero por parte de su familia, contactos, sabe vivir y divertirse. Me lo dice muchas veces, que soy un hombre aburrido, que no sé disfrutar de la vida. Y es verdad,

he llegado a la conclusión de que es así. Me gusta leer, escuchar música, salir poco. Con mi mujer llegamos a un acuerdo implícito hace tiempo. Ella hacía su vida, iba a sus fiestas, se reunía con sus amistades, y yo me quedaba en casa pasando una velada tranquila, fumando, viejo vicio que no me puedo quitar, y oyendo arias de ópera en el equipo de música.

Por eso, cuando la aventura del despacho laboralista se vino abajo, recurrí a ella y me contestó que hablaría con algunos amigos. De este modo llegué a esta empresa de seguros. Me entrevisté brevemente con el director y luego ocupé mi mesa durante los siguientes ocho años hasta que un día, de forma imprevista, el director en persona me puso encima de la mesa un expediente no muy grueso.

- Víctor, aquí tiene esto -me quedé mirando la carpeta sin poder reaccionar-. Quiero que lo estudie bien y hablemos de ello mañana a primera hora.

- Sí, señor.

- En mi despacho, entre en cuanto llegue.

- Muy bien, lo leeré inmediatamente.

- Termine lo que está haciendo -y miraba los distintos expedientes que intentaba tramitar-. Déjelo para casa, si tiene tiempo de hacerlo esta tarde. Quiero que lo vea con atención, tengo mucho interés en ello.

- Sí, señor, lo haré esta misma tarde.

Luego se fue y yo me quedé mirando la carpeta con verdadera curiosidad. Como todo el mundo observaba me desentendí del asunto y seguí con mis fajos de papeles haciendo las tareas rutinarias que había hecho en los últimos años. Manolo sonreía y hacía gestos y muecas.

- Víctor, ahora eres el favorito.

- No digas tonterías, hombre.

- A ver si no. Tanto tiempo esperando y al fin hay un caso importante para ti.
- Será una tontería más pesada que de costumbre -pero intuía que no.
- Dentro de poco te vemos de subdirector -terció Morales-, ojo con Esteban, que como se entere de que le desplazas va a ir a por ti.

Les dejé hablar e intenté concentrarme en mi trabajo. La carpeta reclamaba una mirada de vez en cuando pero me esforcé por ignorarla durante lo que quedaba de mañana, más bien poco. Luego lo metí en la cartera y nos fuimos a la hora del cierre, la mayoría separándose en el portal con un saludo, otros yendo juntos un poco más allá.

Después de comer lo que nos había preparado la muchacha fui a sentarme en mi sillón favorito. Mi mujer volvería tarde, siempre lo hacía. Trabajaba de relaciones públicas de una conocida empresa de cosméticos y las jornadas de trabajo se prolongaban invariablemente en comidas y hasta en cenas, cuando no viajando a un lado y otro. Suponía que tendría alguna aventura. Mi mujer es guapa, atractiva y se arregla de maravilla. De hecho, siempre me he preguntado qué demonios vería en mí para haber accedido a casarse conmigo. Ahora no le veo mucho sentido pero cuando éramos jóvenes yo bebía los vientos por ella y a ella le gustaba estar conmigo, salir de excursión, ir al cine, discutir de lo que habíamos visto. Nos íbamos con una panda de amigos suyos en varios coches hasta una cala escondida que conocíamos y allí nos bañábamos desnudos, bebíamos, fumábamos algún porro y, si el tiempo era propicio, hacíamos el amor detrás de unas rocas, cada pareja dispersa a lo largo de las sombras. Entonces, decía Eva, yo era divertido y lo pasaba bien. Luego supongo que me he acomodado o simplemente aquello dejó de divertirme, las

salidas a cenar tan constantes, las sonrisas falsas de sus amigos, su aparente nivel cultural, el vacío que les adivino detrás de la cáscara pretenciosa con que se adornan.

Abrí la carpeta y, en primer lugar, había unos recortes de un diario. Luego unos simples formularios, un contrato firmado para un seguro de vida, todo bien especificado, completamente normal. Lo llamativo no era el contrato, cuyas cláusulas conocía al dedillo, sino las noticias del periódico. Javier Grau, empresario conocido en Barcelona, desaparece. Fechado dos meses después aparecía la identificación de los restos de Javier Grau como los encontrados junto a un coche, única víctima del incendio devastador que había asolado la provincia de Cádiz un mes antes de mi lectura. Se investigaba el hecho de que el coche calcinado y su cuerpo se encontrasen en el camino que salía de una finca cuyo propietario, también fallecido pero de muerte natural, se encontró en el dormitorio de la misma. No se sabía si existía relación entre ambos hombres, por qué los dos ignoraron las alertas de los bomberos, si la muerte del señor Grau fue realmente accidental o fruto de una decisión premeditada. Se investigaba quién había provocado el fuego.

Me quedé perplejo. A efectos de la aseguradora, suponía que el punto más importante era la intencionalidad de la muerte de Grau. En primer lugar, llevaba desaparecido de su domicilio y su trabajo casi dos meses. De hecho, se le estaba buscando activamente. A continuación aparece en una finca de la provincia de Cádiz, junto a un hombre también conocido ciertamente, un pintor que tenía un nombre en los mundillos artísticos, exposiciones en el extranjero, obras bastante bien remuneradas. El pintor y él, en caso de que estuvieran juntos, cierran las puertas y ventanas de la finca ignorando los llamados de los bomberos para desalojarla. Finalmente, la casa queda intacta por ese azar afortunado del

viento y él, sin embargo, coge un todo terreno y se interna por un camino prácticamente sin salida para encontrarse con que el fuego le cerca y termina por matarle.

Realmente, determinar la intencionalidad de la muerte en un caso así era complicado y los herederos de la jugosa indemnización no cejarían en su empeño por cobrarla, claro está. Tampoco la empresa, entendía yo, podía deshacerse de una cantidad que observé bien crecida, sin pleitear. Indicios había de que la muerte podía ser en realidad una forma de suicidio. Había cláusulas sobre ello. Si alguien va por un bordillo de un puente a gran altura y resbala hasta matarse, no se va a abonar la indemnización del seguro de vida, eso está especificado en el contrato. No se pueden correr riesgos innecesarios que puedan derivar en la muerte del asegurado. De modo que el caso, como todos los que tratan de la intencionalidad en las acciones de alguien que ya no puede declarar, resultaba complicado. El hecho de que ignoraran los avisos de los bomberos, noticia que el periódico resaltaba especialmente, no era un argumento jurídico de peso, dado que no había constancia de que se hubieran enterado de ellos y los ignoraran premeditadamente. Por ahí no se podría atacar demasiado, tendría que hacerse de otra manera.

Estaba escuchando un aria de Don Giovanni cuando me di cuenta, sorprendido de nuevo. Era un caso complicado. Un caso famoso en cierta manera, aunque la fama dura muy poco en los periódicos. Había habido artículos incluso en las revistas de la prensa amarilla. ¿Qué hacía el director olvidándose de Esteban, nuestro investigador más prestigioso, y encargándome el caso a mí?





Tuve que esperar muy poco desde que llegué. Apenas el tiempo de colgar la chaqueta y repartir la tarea del día sobre la mesa, repasando de paso el expediente Grau. El director entró por la puerta y me hizo una seña para que fuera a su despacho.

- Bien, Víctor, buenos días, a ver, ¿qué opinión tiene del expediente que le dí?

Me senté más relajado. El señor López, Sebastián López, estaba cordial, amable, prestándome una atención inusual. No me sentí incómodo, pese a mi carácter retraído y algo tímido.

- Bueno, estuve examinando la póliza, los artículos de los periódicos y el certificado de defunción. Lo primero que destaca es que la prima es elevada y la cantidad pagadera a los beneficiarios es francamente alta. De manera que parece necesario indagar en las causas del fallecimiento, sobre todo por el artículo 5.3.

- Dígame su opinión sobre ese artículo, ¿lo cree de aplicación?

- Es imposible asegurarlo con los elementos de que se dispone. Aparentemente es débil la evidencia de suicidio, de hecho sólo se dispone de indicios no concluyentes. El hecho de que desapareciera de su hogar, de la empresa de su propiedad...

- De su mujer.

- Tiene usted razón, de su mujer, pero la que dirigía quiero decir. En fin, desaparecer no es siquiera un indicio de tendencia suicida, si se hace voluntariamente, como parece el caso. Es sólo el deseo de romper con la vida que se lleva, nada inhabitual.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

